

Sergio Leone

CUANDO EL CINE ERA SUCIO, MALVADO Y PELIGROSO.

Pensados quizá con meros fines comerciales, sus westerns se han convertido con el tiempo en objeto de culto. Culpable de convertir a Clint Eastwood en estrella, a Almería en Arizona y de hacer de la música de Morricone un mito, ante ustedes la incomparable figura de Sergio Leone.



Por: Rafael París Restrepo.

Cuando se habla del western, ciertos críticos, especialmente los norteamericanos suelen olvidar el nombre de Sergio Leone, simplemente porque se les dificulta reconocer el valor de sus aportes al género de los pistoleros y las puestas de sol. Sin duda alguna, y a pesar de las controversias que rodean su trabajo, Leone es un punto de referencia obligado no solo para el western, sino también para el cine en general; su estilo, inmediatamente reconocible, dio origen a un subgénero conocido como spaghetti western, caracterizado por una visión áspera y sombría que cambiaría para siempre la percepción que el público tenía de la vida y la muerte en el salvaje oeste.

Sergio Leone era hijo del exitoso director Roberto Roberti (Vincenzo Leone), pero a pesar de eso, durante su juventud no fue seducido por el cine y se dedicó a estudiar leyes en la universidad de Roma. Después de un periodo de indecisión, el joven Sergio entró a la industria, en 1939, justamente cuando su padre iba de salida -según la leyenda- por un malentendido con Benito Mussolini. Trabajó como asistente de dirección de Mario Camerini, Vittorio De Sica, y de directores estadounidenses que filmaban en Italia como Mervyn LeRoy, Robert Wise y William Wyler. Incluso llegó a hacer un papel pequeño en *El ladrón de bicicletas*. Se inició dirigiendo principalmente péplums -historias de espadas y sandalias, ubicadas en el universo grecorromano-, y según algunos, su primer trabajo fue *They've Stolen a Tram* (1954), o según otros, *Sign of the Gladiator* (1959); luego codirigió *Los últimos días de Pompeya* (*The Last Days of Pompeii*, 1959) y dirigió *The Colossus of Rhodes* (1960), que termina con la inmensa estatua del título destruida por un maremoto. A principios de los sesentas aparece en la televisión alemana la serie *Winnetou* que revivió el interés en el western, y Leone vio la oportunidad de trabajar en algo que amaba.

La trilogía de los Dólares, También conocida como *La Trilogía del Hombre Sin Nombre*, la conforman *Por un puñado de dólares* (*Per un pugno di dollari*, 1964), *Por unos dólares más* (*Per qualche dollaro*

in più, 1965) y *El bueno, el malo y el feo* (*Il buono, il brutto, il cattivo*, 1966). El protagonista, que nunca es nominado claramente, es un pistolero solitario y callado, quién es más una abstracción de la muerte que un personaje convencional como tal. Es un *grim reaper*, el ángel del exterminio que anda a caballo y que aparece cuando los abusados están a punto de ser aplastados por un grupo de criminales. La interpretación de este mercenario justiciero convirtió a Clint Eastwood en una estrella internacional y le dio las bases artísticas para convertirse en uno de los directores más influyentes de los últimos veinte años. *Por un puñado de dólares*, filmada en España, es un remake de *Yojimbo* (1961), la conocida película de samuráis, y como tal, trata de cómo El Hombre Sin Nombre libera a un pueblo de dos grupos de bandidos. Es la menos impactante del grupo a pesar de ya tener algo clara la estética apocalíptica clásica del spaghetti western, con su justicia inesperada y su imaginaria que alude al cristianismo, de una manera tan específica que termina volviéndose satírica. Desde sus inicios es influido por los logros de John Ford y Akira Kurosawa. De Ford aprendió a usar el cine para lo épico, para crear mitos tan poderosos e intrincados como los de Valmiki u Homero en la literatura. De Kurosawa, especialmente de la ya mencionada *Yojimbo*, aprendió a tomar recursos narrativos de la ópera, la televisión y el comic para enriquecer su estilo. Es además la primera colaboración con el compositor Ennio Morricone, quien desde entonces continuara proveyendo un asombroso tema musical para cada historia.

Por unos dólares más es la primera obra maestra de Leone. Esta vez hay dos ángeles, castigadores del pecado, Clint Eastwood y Lee Van Cleef, quien interpreta al coronel Mortimer, ambos luchando por llegar a El Indio, criminal de profesión; Eastwood quiere la recompensa que pesa sobre la cabeza de El Indio, mientras que Mortimer quiere vengar la muerte de su hermana y su cuñado. Este es el spaghetti western más importante de todos los tiempos porque trasciende la forma de bajo presupuesto, estructura finalmente las convenciones del subgénero y posee un subtexto rico, pues presenta una relación simbólica, como de Yin Yang, entre El Hombre Sin Nombre y Mortimer, quienes empiezan de manera antagónica, creando escenas bastante divertidas en las que buscan anularse el uno al otro, para luego terminar trabajando de manera sinérgica para derrotar a El Indio. Parte importante de la narración es el *tempo*, tiempo que va de adelante para atrás y de atrás para adelante; el ritmo de la misma película, enamorado de los lentos planos detalle, tanto como de los inmensos planos generales. Los duelos duran una eternidad y son secuencias de puro arte cinematográfico, que crean en el público la sensación de ser testigos de un evento real. *El bueno, el malo y el feo*, es un experimento interesante, pues mezcla el spaghetti western y la novela picaresca y en sus minutos finales se revela que es una precuela ya que entre otras cosas presenta el origen del pistolero misterioso de Eastwood. Cuenta la búsqueda de un tesoro oculto en la época de la guerra civil americana, y de la unión inusual entre el personaje de Eastwood y Tuco, un bandido de poca monta, quien es interpretado por Eli Wallach. El villano de la pieza es Sentenza, interpretado por Van Cleef, un auténtico bastardo sin moral y uno de los villanos más memorables de la historia del cine. Todo en esta película es espectacular, la puesta en escena, los gags, los giros, la edición, los movimientos de cámara, todo converge de una manera tan perfecta que es justo reconocer que es el momento en que Leone se convierte en un maestro de lo técnico a la altura de genios como Kubrick y Coppola. Luego viene la madurez de sus últimas películas, *Érase Una Vez en el Oeste* (*Once Upon a Time in the West*, 1968), *Agáchate Estúpido* (*Duck, You Sucker*, 1972) y *Érase Una Vez en América* (*Once Upon a Time in America*, 1984) sobre la mafia, la cual realizó por la frustración de haber dejado pasar *El Padrino*. Todas obras hermosas, inmensas, que en promedio duran tres horas, y con las cuales afianzó una reputación de director genial pero difícil.

Leone se veía a sí mismo como un continuador y actualizador de la tradición de artistas como Ford y Hawks. Sin embargo, y a pesar de su devoción, creía que Ford había supeditado sus películas a una moralidad católica excesiva y poco realista en comparación con lo que había sido históricamente el lejano oeste. Por lo tanto decidió incluir personajes moralmente ambiguos -como en el film noir- más interesantes y más impredecibles. El Hombre Sin Nombre no tiene identidad, ni pasado, ni trasfondo, es una máquina de matar, capaz de compadecerse del oprimido pero sin misericordia para el opresor. De igual manera se rebeló contra la típica estética aséptica del Western Americano, Sus personajes tienen barba, sudan, están sucios y muchas veces tienen alguna incapacidad física. Igualmente los pueblos se ven miserables y erosionados. Los disparos son gráficos, profusos en gritos, humo y sangre. El viento es lento. El calor, la arena, el polvo y la sequedad están presentes en casi todas las escenas para subrayar la fragilidad del hombre ante un paisaje que espera la menor oportunidad para matarlo. Y en medio de tanto horror, por supuesto, esta la poesía; la llegada a caballo del Hombre Sin Nombre a un pueblo durante un aguacero de proporciones bíblicas, El sonido de una mosca atrapada dentro del cañón de un revólver, Los laberínticos *flashbacks* que persiguen a sus protagonistas, acompañados del sonido de un reloj, una armónica o un teléfono. Todo es fascinantemente contradictorio porque Sergio Leone, como Shakespeare y Buñuel, busca lo bello en lo feo, el amor en

el odio y lo justo en lo injusto. Y en el camino termino encontrando la inefable belleza del séptimo arte.